



Hoy descansamos y recibimos paga

sus alambrados, en sus estacadas y en sus obras exteriores, por más que no tienen ningún valer como militares, hubieran resistido un solo día, ni el ejército habría aguantado, y, caso que no se hubiera podido tomar la posición, habrían dicho que nos habían vencido. De esta manera, no pueden asegurar que hayan ganado triunfo ninguno.

*Córdoba, 2 de Abril.*—Hoy descansamos y recibimos paga. El General se adelantó hasta Orizaba, impuso un préstamo forzoso de sesenta mil pesos, y aquí nos tienes ya *socorridos y satisfechos*.

Esta es, someramente narrada, la expedición de Veracruz. No es un triunfo brillante; pero sí la demostración de que el ejército nuestro es invencible y de que la fortuna de los constitucioneros ha consistido en el clima, que ha sido su único fiel aliado.

Si en vez de obrar como obramos, se hubiera emprendido el ataque, ¿cómo habrían ascendido á héroes todos los pobres que están parapetados tras de los muros de la ex-heroica? Así, ya sabe todo el mundo que no hubo vencimiento, sino una honrosa retirada.

Muchos abrazos para todos.

BUENAVENTURA.

## Del Padre don Eulogio Flores

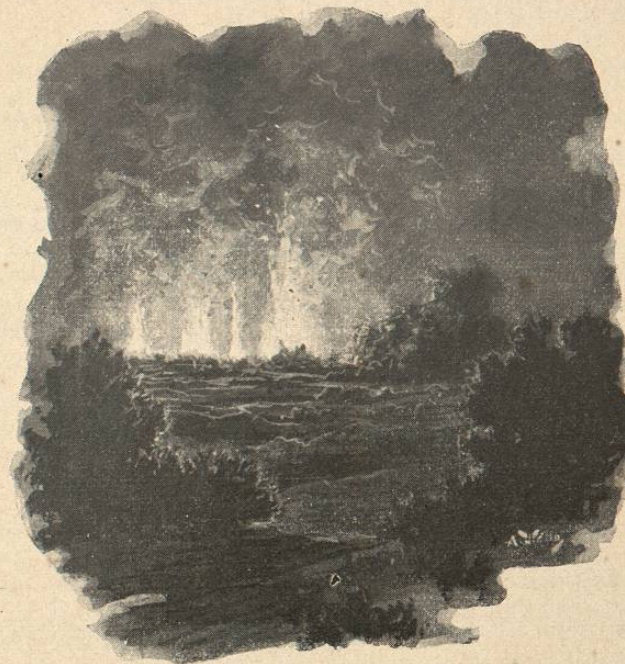
á Juan Pérez de la Llana

*Sayula, el 7 de Enero de 1859.*

Muy querido amigo don Juan: Como me obligué, desde que nos separamos en Ahualulco hace cosa de un año, á referirle todos los lances de amor y fortuna que acontecieran á las gentes de esta su casa, le comunico ahora que la maldad de los hombres, la de los tiempos y la de la naturaleza combinadas, han caído sobre nuestro amigo don Alonso, tan digno de todas las bendiciones del cielo y de todos los favores de la suerte. Pero ¡tonto de mí! estoy hablando de favores de la suerte y picardías de la naturaleza, como si hubiera en este bajo mundo otra cosa que la voluntad de Dios clara y visible. Decididamente, empiezo á chochar; su Divina Majestad me lo tenga en cuenta para no juzgarme contaminado de las malas ideas.

Pero vuelvo á nuestro asunto. Es, pues, el caso que el primero de este mes, como á las cuatro de la madrugada, se sintió en la hacienda un gran tropel de caballos que venía del rumbo de las Guásimas. Era la gavilla de Valeriano Larrumbide, que hacía cuatro días merodeaba por el valle: delataban su presencia las hogueras que se veían hacia *El Zapotillo, La Cofradía, Puerta de ánimas* y *El Reposo*. Largo rato estuvimos oyendo el tiroteo con que se

recibió á los bandidos (porque bandidos son aunque se llamen soldados de Dios) en la *Yerba-buena*; y al cabo de un cuarto de hora miramos las lenguas de fuego que as-



prendían por los aires enrojando el cielo y como delatándole las infamias de esas gentes que se dicen intérpretes de sus voluntades.

Señor don Alonso estaba resuelto á defenderse, pues había armado con buenos mosquetes y yogas á veinte de sus mozos; pero movido de mis exhortaciones y de los ruegos de la santa señora doña Eduviges, dispuso abrir las puertas de la finca á la gentuza.

Apenas esclarecía, cuando el tropel se escuchó más cercano, ya en el potrero de Buenavista. Monté en mi mula tordilla, y solo y mi alma me dirigí al encuentro del bandido para anunciarle que la hacienda estaba dispuesta á recibirles á él y á su gente.

No es mal presentado Larrumbide; dicen que es gachupín é hijo de buena familia; pero si eso es cierto, sus padres deben de haberse muerto de dolor al ver el retoño que de ellos había salido. Me recibió con altanería como si quisiera hacer burla de mí y de mi investidura.

— Vaya con el curácuaro, me dijo, ¿y de cuando acá tienen los masones capellanes á su servicio?

Repliqué con deferencia, pero con firmeza, que no sabía á qué masones se refería, pues el señor don Alonso era un caballero cristiano, que nada tenía que ver con enjuagues políticos.

— Eso será lo que tase un sastre, me contestó amoscado; continuemos nuestro camino, que estoy que ardo de gana de desayunarme... y de dar su merecido á alguno de esos que protegen liberales.

Mientras este diálogo pasaba, ya habíamos llegado al portal de la hacienda. Bajó Larrumbide del rosillo que montaba, echó las riendas en manos del primer mozo que llegó, y todavía con espuelas, chivarras, bufanda al cuello y sombrero calado subió las gradas que conducen á la casa.

Don Alonso estaba en lo alto de la escalera, y cuando el capitanejo se acercó á él dispuesto á empezar las feroces chanzonetas que acostumbra, el amo se limitó á decirle:

— Señor, todo cuanto hay en esta casa puede usted tomarlo; sólo le suplico haga que los soldados que manda respeten el honor de mi familia.

Interrumpió el Larrumbide su marcha, y mirando á don Alonso con unos ojos inyectados de sangre que parecían los de esos cántaros figurando muñecos que los chicos ponen en la noche para asustarse unos á otros, dijo escupiéndolo por un colmillo y arrojando al suelo la colilla del puro que fumaba:

— Señor mío, hace usted bien en no dar coeces contra el aguijón; pero no se figure que esa aparente buena voluntad ha de servirle de algo.

Dicho y hecho; al poco rato vimos que los facinerosos empezaban á romper puertas, á derribar tabiques y á destrozarse aquella finquita, que, como usted recuerda, era una primorosa tacita de plata.

Con vigas que entre tres ó cuatro blandían á pulso, echaban abajo las puertas de las trojes, y el grano que llenaba el cuarto hasta lo más alto, salía en montones inundando corredores y aposentos. Allí ponían á comer á sus caballos, que por cierto ya estaban hartos y apenas baboseaban el maíz; tanto pasto habían tenido en las haciendas del rumbo.

Cogieron la vaca *Chabacana*, que estaba tan gordita que podía rayarse con la uña, y la mataron en pleno patio.

Guadalupe, el mozo que usted conoce, se demoró en ejecutar una orden que le dió uno de los segundos del Valeriano, le regañaron, contestó de mala manera, y allí me tiene usted á aquellos demonios *armados de potencia* á fusilar al muchacho. Fué menester rogar muy seriamente al jefe para que consintiera en que no hicieran aquella atrocidad.

Luego entraron á los cuartos, y aquí cojo, allí agarro, me dejaron todo pelón en un santiamén. Pero aún nos faltaba ver algo más. Los baúles forrados de cuero y las grandes cajas de alcanfor, que por orden del dueño no se habían movido de sus sitios, fueron abiertas á tiros; ni siquiera aguardaron aquellos réprobos la llegada de las llaves, que estaban en el gran mazo que la señora traía á la cintura. Así sacaron trajes de *tarlatana*, de gro y de terciopelo, tápalos de burato, zapatos de raso, pantalonerías plateadas y bandas de seda; todo lo cogían con tal precipitación, con tal afán de destruir, que quedaba deshecho en sus manos antes de entrar en las maletas que traían á las grupas de sus pencos.

Luego, arriaron más de cien reses, frieron en un perol cerdos gordos, mataron á balazos los demás y echaron al monte la caballada que no pudieron llevarse. Le habría dado horror ver el juego á que se dedicaron: pusieron en

el patio toda la becerrada, y á la hora que tuvieron bien mancornados á los inocentes animales, fueron pasando á caballo uno tras otro y ensartando con sus lanzas á los pobres mamones sin hacer caso de los mugidos de dolor con que llamaban á sus madres. A uno de los ternerrillos le decían Degollado, á otro Ogazón y así á los demás; y sólo cuando dejaron hechos picadillo á los que creían sus enemigos, se alejaron de aquel lugar.

Ni don Alonso ni ninguno de nosotros había dicho palabra ante estas atrocidades; pero estando ya á caballo el jefecillo, se volvió á mí y me dijo con salvajismo que quería ser chiste:

— Padre cura, por allí anda una chatita que me *cuarda*; ¿cómo no dice que me la traigan aquí? Ya estoy montado y no quisiera perder tiempo.

Le repliqué, poniéndome de todos colores, que no sabía qué chatita era aquella; pero él, sin aguardar más respuesta, dispuso que cuatro de sus bribones llevaran á Leonorcita.

Exhorté á Larrumbide y le dije que la mancha que trataba de echar sobre una familia honrada que le había recibido de paz, no dejaría de castigársela Dios; pero el bandido, sin oirme, se limitó á vociferar:

— Pero, *tata pagre*, ¿qué no ve que traemos muy recomendado este rancho, en que el bandido Herrera tenía su abrevadero, y en que se admitía á los juaristas á libre plática?

Mientras yo exhortaba al monstruo amenazándolo con todos los castigos eternos, los tagarotes salían con la pobre Leonorcita desmayada, y la echaban en uno de los caballos que traía montura de mujer, trepando en ancas uno de ellos.

Tras los infames raptos salió el pobre don Alonso, disparando tiros con una pistola giratoria que había escondido en previsión, aunque remota, de un caso así. Creo que hirió á uno de los que le habían sujetado; pero los otros y sobre todo el jefe, que pasó sobre mí para lograr que le soltara la rienda de su caballo, se marcharon á todo correr.

Ahora don Alonso está con fiebre de horas; doña Eduviges azorada y azotando de pie y mano como convelida, y toda la casa llena de la desolación que usted puede figurarse.

Yo, sin tomar parecer de nadie, escribí á don Miguel Cruz Aedo participándole lo sucedido, á ver si puede rescatar á la niña.

Perdone que le envíe tan malas nuevas, y mande á su afligido capellán que mucho le aprecia,

EULOGIO FLORES.

P. S. Los vaqueros que mandamos tras de los ladrones, dicen que anteayer, jueves diez, derrotaron las tropas de los *puros* á las de Larrumbide, dispersándole su gente.



... parecía una loca por lo triste y desesperada

A Leonorcita se la encontraron en el fondo de la barranca del Izote; hacía veinticuatro horas que no probaba bocado y parecía una loca por lo triste y desesperada.

Pida usted á Dios que nos ayude y nos mande salud y conformidad, ya que no puede enviarnos el olvido de nuestras penas. Adiós.

De Mencía López de Quiñones

á Trinidad Torres Lares.

*Guadalajara, 1.º de Diciembre de 1858.*

Amiga muy querida: ¡Cuán bien hizo usted en marcharse de aquí para no presenciar los horrores que pasamos! No puede imaginar los sustos que nos dieron los rojeños, los de Maciel y los diablos encarnados que se desencadenaron sobre esta desgraciada ciudad. Dicen que al Rojas lo nombró su defensor uno de los presos de la cárcel, un bribón á quien sus jueces habían condenado á muerte, y que pasaron entre ellos estas palabras poco más ó menos:

— ¿Por qué me nombras defensor, si sabes que no soy Licenciado ni cosa que lo parezca?

— Porque estoy tan amolado, que sólo me puede salvar uno que sea muy hombre; y como el más hombre del

mundo es el coronel Rojas, he nombrado mi defensor á la buena persona de usted.

Reflexionó el Rojas, y luego, como si sintiera una inspiración de momento, tomó del brazo al otro bandido, que probablemente lo era menos que el patrono, y le sacó de la cárcel á pesar de las respetuosas protestas del alcaide.

Pero como no hay pillo que deje de tener algún lado bueno, ayer hizo lo siguiente, que va á ponerla perpleja.

Como usted recuerda, en el convento de Santa Mónica se anuncia la necesidad tocando una campanilla, y una vez que las familias oyen el toque, se apresuran á mandar socorros á las benditas madres. Ahora se empieza á sentir la escasez más fuerte que en ningún tiempo, y la campanita suena hasta hacerse rajás.

Según parece, uno de estos días estaban en el despacho del palacio los mandones de ahora, Ogazón, Vallarta y otros, cuando se comenzó á oír el tintineo aquel con una insistencia que acabó por molestar los augustos oídos de los señorones. Uno, más enojado que los demás, preguntó furioso qué significaba aquel toque, otro lo explicó y entonces alguno dijo:

— ¡Malditas viejas! no hemos de tardar en echarlas á la calle para que no sigan fastidiando... No más son lloronas, porque casas y dinero les sobran.

Rojas hizo que nada había oído, pero se salió á la deshilada como quien no quiere la cosa. Ya en la calle, llamó

á un conductor de carreta de bueyes, fué al comercio y en una tienda pidió zarapes, en otra *géneros blancos*, en la de más allá frijol, azúcar, panocha, sal y toda clase de man-



tenimientos, y con toda su carga, que por supuesto no pagó, llegó al convento.

Luego que la hermana tornera supo que estaba á la puerta don Antonio Rojas, pensó en un nuevo saqueo, quizás en una expulsión ó en un incendio. La superiora se apresuró á encerrar á las monjas y novicias guapas, y con el Jesús en la boca salió á recibir al bandido.